

CAPÍTULO II

EL SANTO SEPULCRO ¹.

Accepto corpore, Joseph.... posuit
Ihud in monumento suo novo quod
exciderat in petra.

MATTH., XXIII, 59-60.

Posuit eum in monumento quod
erat excisum de petra.

MARC., XV, 46.

Posuit eum in monumento exciso,
in quo nondum quisquam positus
fuerat.

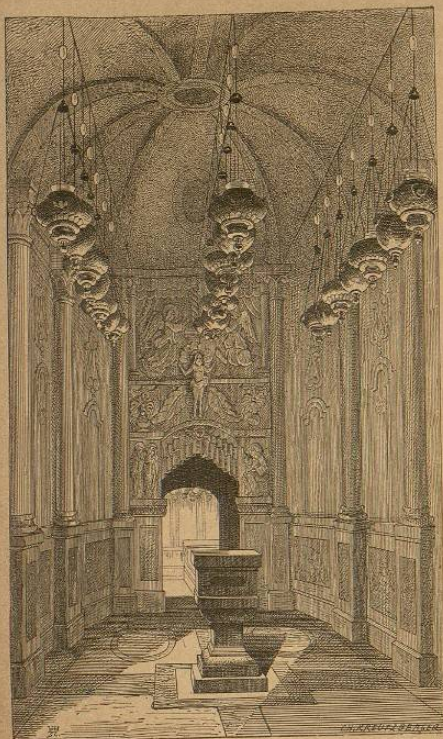
LUC., XXIII, 53.

Era el Gólgota, conforme ya lo hemos dióho, una especie de promontorio que dominaba una torrentera poco profunda, y mediante ella quedaba separado por la parte de Occidente de un jardín plantado en las vertientes de una colina inclinada hacia Levante, y casi de igual elevación que el Calvario.

Este jardín formaba parte de los cuantiosos bienes que en Jerusalén y sus alrededores poseía Joseph de Arimatea ; su extensión no era considerable, á juzgar por la configuración misma del terreno ², y el dueño parece que se proponía que sirviera de vestibulo del sepulcro,

¹ Acerca de la autenticidad del santo Sepulcro, no conocemos nada tan claro y concluyente, en su concisión, como la disertación de F. BOVER. (*Voyage en Terre Sainte*, p. 191 192). — Este rápido estudio de la tradición relativa al sepulcro de nuestro Señor, dispensa de leer las discusiones interminables que se han publicado sobre este punto.

² Véase M. DE VOGÜE: *Eglises de la Terre Sainte*, p. 125 y siguientes. La plancha adjunta a la pag. 126, da una idea muy exacta de los alrededores del Calvario.— Cf. BOVER., *op. cit.*, p. 195 y siguientes.



El Santo Sepulcro : capilla del Angel.

que se le habia reservado para sí mismo¹. Gustaban también de pasearse en carruceros en las dependencias de los palacios. Los romanos habian visto ya el de Jerusalén, y se habian trasladado al extremo del jardín de Gethsemani, á la sombra de los olivos y los cipreses. Allí uno de las rocas se abría hacia una concavidad profunda, que se abría para recibir el cuerpo, ó bien se abría en el costado de las rocas para servir en ellas grutas de sepulchros, que representaban el primitivo modo de enterrar. Este mismo Joseph Arque lo habia en busca de disponer para él algunos años después de su muerte, y se encontraba á poca distancia, dentro del monumento, en que hoy depositamos el cuerpo.

Fuera en la época á que nos referimos era solo un nicho. Sobre la vertiente oriental de la colina, frente á la Cruz del Calvario, se habia hecho excavar una tumba, en que pensaba reposar él solo, como lo prueba el haber hecho un solo banco al lado del estrecho recinto sepulcral.

De el texto evangélico resulta² que el monumento se diferenciaba, en su forma, de las sepulturas ordinarias; pues no era solamente una celdilla abierta en la roca, especie de caverna artificial, únicamente denunciada por una abertura más ó menos adornada, como sucede las más veces en las cercanías de Jerusalén, en el Valle de Josaphat, en el de Bon-Hinnom, en las pendientes de Schem ó de Hakeldama : era un monumento³ de que

MATTII., XXVII, 60.—IOANN., XIX, 41.

KIRCHMANN: *de Fabricis Romanorum*, lib. II, c. 22.—CL. NEOLA: *de Sepulchris Hebraeorum*.

De la gruta funeraria que constituye el fondo del ábside de la iglesia del Santo Sepulcro.

MATTII., XXVII, 60.—MARC., XV, 40.—LUC., XXIII, 53.

IOANN., XX, 11, «Monumentum».



El Santo Sepulcro: celda del Ángel.

que en él había preparado para sí mismo¹. Gustaban los Judíos de prepararse los sepulcros en las dependencias de sus propiedades², y nosotros hemos visto ya el de los antepasados de María, excavado al extremo del jardín de Gethsemaní, á la sombra de los olivos y los cipreses. Las más de las veces se aprovechaba una concavidad natural, que se agrandaba según era menester, ó bien se cortaba el costado de las rocas para hacer en ellas grutas funerarias, que recordaban el antiguo modo de enterrar. Este mismo Joseph, según la tradición, había de disponer para sí algunos años después un sepulcro semejante³ á poca distancia, detrás del monumento en que fué depositado el Salvador.

Pero en la época á que nos referimos era otra su intención. Sobre la vertiente oriental de la colina, frente á frente del Calvario, se había hecho excavar una tumba, en que pensaba reposar él solo, como lo prueba el haber hecho un solo banco al lado del estrecho recinto sepulcral.

De el texto evangélico resulta⁴ que el monumento se diferenciaba, en su forma, de las sepulturas ordinarias; pues no era solamente una celdilla abierta en la roca, especie de caverna artificial, únicamente denunciada por una abertura más ó menos adornada, como sucede las más veces en las cercanías de Jerusalén, en el Valle de Josaphat, en el de Ben-Hinnom, en las pendientes de Siloam ó de Hakeldama: era un monumento⁵ de que

¹ MATTH., XXVII, 60.—JOANN., XIX, 41.

² KIRCHMANN: *de Funeribus Romanorum*, lib. II, c. 22.—CI. NICOLAI: *de Sepulchris Hebraeorum*.

³ Es la gruta funeraria que constituye el fondo del ábside de la iglesia del Santo Sepulcro.

⁴ MATTH., XXVII, 60.—MARC., XV, 46.—LUC., XXIII, 53.

⁵ JOANN., XX, 41, «Monumentum».

nos da idea Isaías cuando describe el sepulcro de Sotna, el prefecto del Templo á quien transmitió las amenazas del Señor: «Tú has cortado la roca para hacerte un sepulcro, un monumento, alto y suntuoso, una tienda en la piedra¹. Lo cual cuadra maravillosamente al sepulcro que le se atribuye á Zacarías, en el valle de Josaphat, que viene á ser una pirámide sobre una base de piedra en forma cúbica², separado todo de la masa del peñasco que lo rodea, y vaciada dentro una cámara sepulcral; y aun se verifica mejor en el monumento de Absalón, con su coronamiento en forma de tienda de campaña, que el profeta parece que tuvo á la vista cuando fulminaba sus amenazas contra Sobna. En uno y otro caso el monolito está separado de la roca de que ha sido cortado, mediando un pasillo que le aísla por todos lados.

Esta disposición no tenía nada de rara ni aun de reciente³ como lo prueba la casilla de Siloam, conocida con el nombre de *templo idólatrico* de Salomón, y que en realidad no es sino un sepulcro de carácter egipcio ó asirio, monolito cortado en la roca á que se junta sólo por la cara de atrás; eran una reminiscencia de los mausoleos de Fenicia y Egipto con modificaciones tomadas de Asiria y más tarde de Grecia. La proximidad, el destierro, las peregrinaciones de toda clase influyeron en el gusto de los Judíos, y produjéron en el arte de edificar, esos cambios

¹ ISAI., XXII, 16: «Excidisti tibi hic sepulcrum: excidisti in excelso memoriale diligenter, in petra tabernaculum tibi».

² S. CYRILLO (*Catech. XIV*) menciona la pirámide levantada sobre el santo Sepulcro. Véase la viñeta que encabeza el lib. VI.

³ Cf. PERRON y CHÉRIE: *l'Egypte*, p. 222 (figura 148); — JON (III, 14) habla ya de estos grandes monumentos en que los grandes de la tierra querían reposar en soledad. Por esta razón San Jerónimo les llama exactamente *solitudines*, de la palabra hebrea *charabath* que los Setenta tradujeron *ἑρημώδης*, confundiendo *chereth* (espada) y *charbah* (ruina), derivadas igualmente de *charab*.

que lo mismo afectaban á las construcciones fúnebres que á las demás. El cubo de piedra, verdadero sarcófago de dimensiones exageradas, estaba muchas veces precedido de un vestíbulo ó peristilo de mampostería, cubierto con un techo sostenido en columnas¹. En algunos ejemplares la antecámara estaba en el monolito mismo, como sucedía en Siloam donde se entra en la masa. En este caso el lado exterior de la puerta estaba adornado con un revestimiento de estuco ó con una decoración de relieves en la misma piedra, como en *Medain-Salih*, en las fronteras del *Hedjaz*. El sepulcro de Raquel, tantas veces restaurado, conserva aún estos caracteres modificados según la moda árabe: el cubo con la cúpula encima en sustitución de la pirámide y precedido de un soportal que recuerda al vestíbulo antiguo. La mayor parte de los *Kubbehs*, ó monumentos de los *santos*, del Islam, son de esta forma, cuya primera idea se remonta evidentemente á las épocas más lejanas. Un monumento así de la llanura de *Amrith* en Fenicia², parece haber inspirado la arquitectura del sepulcro de Zacarías y haber reproducido en sí la inspiración de los artistas egipcios.

Los vastos hipogeos y los grandes sepulcros elevados fuera de tierra, eran exclusivamente para los ricos y poderosos³; los de la plebe judía se contentaban con un hoyo cubierto con una losa en que se grababa una inscripción, como se puede ver en la pendiente del monte de

¹ MASPERO: *Archéologie égyptienne*, p. 153 (figuras 149 y 150). — PERRON y CHÉRIE: *l'Egypte*, p. 225 (figura 149). — Cf. S. CYRILLO: *Catech. XIV*; — SEPP: *Vie de Jésus*, t. III, p. 90.

² Entre Tripoli y Latakieh. — Véase la restauración de este sepulcro (*le Bordj-el-Bezzouq*) por M. Thobois (REYNA, *Mission*, pl. 16). — Cf. DE CENOLA: *Cyprus*, p. 236 (tumbas d'Amathonte); — MASPERO: *Archéologie égyptienne*, p. 141 (figuras 142, 143 y 144).

³ JON., III, 14: «Cum rectibus et consulis terra, qui ædificant sibi solitudines».

los Olivos, ó con un monolito levantado á la cabecera del ataúd y llamado la *mano* del difunto ¹ en razón de su forma, ó con un cenotafio de mármol adornado con esos calados que se admiran en el cementerio judío de Constantinopla. La condición opulenta de Joseph de Arimathea explica la construcción de un monumento que debía servir para él solo, y lo mismo indican las disposiciones que había tomado para ello.

Según San Mateo ², había hecho escavar *en la roca* una cámara funeraria que San Marcos nos muestra *incluida en un bloque aislado* ³. San Lucas nos dice más sencillamente que el conjunto estaba *cortado en la piedra* ⁴; y así no podemos menos de reconocer aquí uno de los monolitos levantados á orillas del Cedrón ó en el llano de Siloam. Nada nos puede hacer pensar en una caverna abierta en el costado de la roca; y en el espacio de los cuatro primeros siglos, por más que se haya dicho, no se encuentra nunca documento alguno que permita aceptar semejante supuesto.

Desde luego conviene no echar en olvido las proporciones y la disposición del sepulcro preparado por Joseph. Es evidente que no había de contener más que un solo cuerpo, ó cuando más otro cadáver que se hubiese colocado en un *arcosolio* que se abriera enfrente del que ocupó Jesús. Imposible habría sido admitir un tercero, de no abrir un nicho en el muro opuesto á la puerta; pues la anchura de la cueva no permitía instalar un banco funerario. Era, pues, un monumento personal que Joseph

¹ II REG., XVIII, 18: «Vccavitque titulum nomine suo et appellavit *manus Absalom*».

² MATTH., XXVII, 60: «Quod exciderat *in petra*: *in rō nīqqa*».

³ MARC., XV, 46: «Quod erat excisum *de petra*: *in rīqqa*».

⁴ LUC., XXIII, 53: «En monumento *exciso*». — La palabra griega *exciso* de San Lucas ó *parēton* de los otros evangelistas, da idea de un monumento funerario aislado como los nuestros.

había dispuesto para sí mismo, y no el principio de un hipogeo destinado para su familia, tal como aquel en que por tradición se le supone enterrado á algunos pasos del Santo Sepulcro.

Ahora bien: en Palestina no es fácil encontrar cavernas abiertas expresamente para un solo muerto, mientras se encuentran monumentos, monolitos ó de mampostería, destinados á personajes notables por su nacimiento, riquezas ó servicios. Joseph era precisamente uno de esos. La nobleza de su alcurnia, el puesto que ocupaba en Jerusalén, la inmensa fortuna que el Evangelio y la tradición le atribuyen, le constituían uno de esos hombres á quien la misma muerte señala un lugar aparte, y no debe maravillarnos la suntuosidad de su última morada.

Decir que se pudo arreglar para el efecto una gruta natural, no lo permiten las proporciones reducidas de la cámara funeral: todo el trabajo es de la mano del hombre, y nada ha puesto allí la naturaleza. Resta, pues, la primera hipótesis: la de un monolito cortado de la roca y vaciado para recibir un ataúd, única que responde á la idea que nos dan los textos evangélicos, y que está en armonía con las costumbres de Grecia ó Italia, que por entonces se abrían paso en la Palestina.

Es la época de los mausoleos preparados para una sola persona. A lo largo de las grandes vías forman largas filas por ambos lados al salir de las grandes ciudades, Atenas, Roma, Pompeya, y casi en todas partes presentan idénticos caracteres: una cámara precedida de un pórtico, y muchas veces cubierta con un techo que recuerda las pirámides. Los israelitas de noble estirpe sufrían desde el tiempo de los Macabeos ¹, la influencia de las

¹ Enterrados en Modia en monumentos monolitos de base cuadrada, con una pirámide de mampostería encima.

costumbres extranjeras, y de ello nos dan innumerables pruebas sus sepulturas, con las variantes que forzosamente imponen las tradiciones y las preocupaciones locales. Así, pues, el sepulcro de Joseph no tiene nada que no sea razonable, entendiéndolo como nosotros lo explicamos según los Evangelios.

El error en que han caído los mejores escritores, nace de que se han interpretado inexactamente los textos de Eusebio y de San Cirilo de Jerusalén, relativos al descubrimiento del Santo Sepulcro, y á la construcción de la basílica de la Resurrección. Un examen más atento de estos pasajes nos dará su verdadero sentido y restituirá su verdadera fisonomía al sepulcro del Señor.

Cuando Constantino, después de celebrado el concilio de Nicea, se puso á buscar los lugares del nacimiento y la muerte del divino Maestro, el Pesebre y el Sepulcro habían desaparecido igualmente debajo de montones de tierra y de construcciones que marcaban, si el sitio, pero al parecer borraban todo vestigio. Para no hablar más que del Calvario, todo el barranco se había rellenado de tal suerte, que en todas direcciones á gran distancia, había el mismo nivel sobre las cimas vecinas. La nueva superficie se había pavimentado de modo que formara una vasta plaza, cuyas extremidades estaban ocupadas por templos consagrados á Júpiter y á Venus; este trabajo se llevó á cabo en el reinado de Adriano, por empeño de hombres á quien Eusebio califica con razón, de *impíos y malvados*¹. El piadoso historiador nos lo ha descrito con minuciosa diligencia, y podemos seguirle fácilmente en todas sus fases.

Primeramente, los agentes de Adriano se ocuparon de obstruir las avenidas del monumento, con tierra trans-

¹ Eusebio: *Vita Constantini*, lib. III, c. xxv.

portada de los alrededores; después lo hicieron desaparecer bajo un montón bien alto, que pavimentaron y sirvió de base á construcciones de considerable importancia¹. De modo que podemos distinguir tres periodos, llamémoslos así, en el trabajo de los paganos en contra del Santo Sepulcro. En el primero, obstruyeron con tierra las cercanías del monumento: «*terra aliunde et extrinsecus invehenda qua locum universum obducerent*»; es decir, llenan el paso alrededor del monolito hasta el nivel del terreno próximo. En el segundo periodo cubren de tierra y escombros todo el monumento y pavimentan esta superficie: «*deinde cum molem terre in immensam altitudinem erexissent constraxissentque lapidibus*». En el tercero, construyen sobre esta plataforma edificios que son dependencias del templo de Venus: «*dicinum sepulcrum, ingenti aggere superinfecto, obtegere... Et recessum lascivæ Veneris damoni una edificare*»².

Observemos, siguiendo á Eusebio, que la construcción del templo de Venus sigue á la completa obstrucción del Santo Sepulcro, por la nivelación del valle y el pavimentar la superficie: «*Post, cum nihil jam illis ad opus exemplandum deesset, super-illum terræ cumulum nefandum reverè et execrabile bustum animarum construere*»³.

Es evidente que el historiador no habría hablado en este tono, si sólo hubiera tenido que decir que habían envuelto la punta de la colina, en cuyo espesor se hubiera vaciado la gruta sepulcral; él quiso mostrarnos á los pro-

¹ *Ib.*, loc. cit.: «*itaque primum permultum capere laboris coeperunt in terra aliunde et extrinsecus invehenda qua locum universum obducerent. Deinde, cum molem terre in immensam altitudinem erexissent, constraxissentque lapidibus, divinum sepulcrum, ingenti aggere superinfecto, obtegere*».

² Eusebio., loc. cit.

³ *Ib.*, *ibid.*

fanadores empeñados en su obra, y en seguida hacer brillar la sabiduría y el poder de Dios venciendo á la impiedad: por eso refiere minuciosamente la escena, y nos pone en el caso de reconstituirla con todos los detalles en que volvemos á encontrar los indicios casi ciertos de la configuración que tenían los lugares profanados ¹.

Lo mismo debe decirse acerca de la relación del descubrimiento del Santo Sepulcro. Eusebio consigna por su orden la destrucción del templo, «*œdificia falso cultui consecrata una cum statuis et demonibus disturbare diruereque cepit*»; el haber hecho desaparecer las construcciones secundarias, «*cum ipso aggere*»; y después las tierras que habían echado encima del Santo Sepulcro, «*jubet ut ipsum solum ad ingentem altitudinem defossum..... foras procul exporteratur*»; finalmente, el restablecimiento del antiguo nivel en el fondo de la correntera, «*solum terræ oppletum sordibus egestum fuit*»; de modo que volvió á verse el antiguo suelo, ó sea, el sitio del monumento, «*aliud solum, id est, locus ille monumenti ex abditis terræ sedibus eminebat*». Entonces *surgit*, ó traducido exactamente, salió el sepulcro de Cristo: «*Ipsium etiam veneradum et sacrosanctum salutaris Christi resurrectionis monumentum emerxit*» ². ¿No vemos, al primer golpe de vista, el sepulcro un poco levantado ³, despegarse de la masa que le rodea,

¹ Quizá alguno preguntará cómo los agentes de Adriano no se contentaron con arrasar el sepulcro. La respuesta es fácil. Con los trabajos que ejecutaban cambiaban la faz del terreno, y así creían, no sin motivo, que se oponían más eficazmente á la veneración de que era objeto. Además convirtiendo el mismo sepulcro en pedestal del ídolo de Venus, le inferían un ultraje más irritante. Si, pues, le atacaron directamente, fué con demoler la pirámide que lo coronaba; pero Eusebio no dice nada de eso, y es mejor atenerse al relato conforme ha llegado hasta nosotros.

² EUSEB.: *loc. cit.*, cap. XXVII.

³ Según el uso ordinario de Egipto y Palestina.—Cf. MASPERO V CUTTIERZ: *op. cit.*

cuando descombrado el pasillo, reaparece el antiguo nivel del suelo?

Poco más adelante, Eusebio nos presenta á Constantino mandando construir una basilica alrededor del sepulcro, «*circa salutare illud antrum*» ⁴, sin mencionar que entonces se le desjuntara de la roca en que estuviera abierto ⁵. Verdad es que nombra una caverna, *antrum*; pero esta palabra se refiere solamente á la cavidad funeraria, lo mismo que en las relaciones posteriores de San Cyrilo ⁶, del Peregrino de Burdeos ⁷, de Breydenbach ⁸, cuando el templete del Santo Sepulcro tenía seguramente la forma en que le vemos hoy. Luego no se trata de una caverna, y en la narración de Eusebio no hay nada que nos dé idea de ella, sino al contrario, según ha podido verse por lo que precede.

Se ha supuesto que, según Eusebio, Santa Elena hizo separar el Santo Sepulcro de la roca en que estaba vaciada para convertirle en una especie de pequeño templo en el centro de una área espaciosa, rodeada de pórticos y aun plantada de árboles, como podría inferirse de unas palabras de San Cyrilo ⁹. Pero el autor de la *Vida de Constantino* no dice nada en tal sentido, como ya lo hemos visto ⁷; conténtase con mostrarnos á la emperatriz madre, desjuntando el sepulcro, cortando la roca buen trecho,

⁴ EUSEB.: *loc. cit.*

⁵ Todo lo contrario: Eusebio supone (*Vita Constant.*) que el sepulcro estaba aislado (c. XXIV), y que lo tomaron por centro y punto de partida de la decoración (c. XXV).

⁶ *Catech.* XIV, 9.

⁷ Que visitó el santo Sepulcro en el siglo IV: «*Inde quasi ad lapidem missum est crypta ubi corpus ejus positum fuit*».

⁸ En el siglo XV: «*Spelunca in qua est sepulcrum Domini*».

⁹ *Catech.* XIV, 3, «*Prius hortus erat, hujusque manent adhuc vestigia et reliquie*».

⁷ Véase la nota 2 de esta misma página.

para formar una plaza adornada de mosaicos, en medio de la cual se complacía, cual de una maravilla, de ver «aquel bloque aislado con una cueva dentro»¹. Con efecto, en todas las demás partes, esos monolitos estaban como incrustados en la roca, de donde habían sido cortados, y debía de ser espectáculo sorprendente el de un sepulcro puesto así á la vista.

En rigor, se podría admitir que el sepulcro estaba entonces adherido al peñasco por su parte trasera, como el monumento egipcio de Siloam, y que Santa Elena lo hizo desjuntar *del todo*; después de lo cual, ella habría suprimido el vestibulo ó primera cámara abierta igualmente en la piedra para dar al pequeño templo la forma exacta del sepulcro de Zacarias, según lo observa el hermano Lievin². Pero esta explicación, ateniéndonos á ella, no supondría una recomposición total de la forma primitiva, y se aproximaría á la nuestra lo bastante para parecer idéntica. Entonces podríamos nosotros explicar por qué la parte posterior del templete del Santo Sepulcro tenía, desde aquellos tiempos, la apariencia de una rotunda á escuadra, según Pascasio Ratherto³, lo cual se avenía

¹ Eusebio: *Theopbonia*, p. 129.—Leyendo atentamente lo que Eusebio dice en varios pasajes acerca del santo Sepulcro, es imposible creer que lo viera de otro modo que en estado de monumento aislado desde su origen.

² *Guide*, t. I, p. 176.—BOVET (*Voyage en Terre Sainte*, p. 190), se inclina á creer que el santo Sepulcro desde un principio fué cortado de la roca maciza, y después desjuntado de ella, como los del valle de Josaphat, que él juzga haber sido aislados á pico. De esta opinión poco probable retenemos nosotros únicamente la asimilación del Santo Sepulcro con los de Absalón y Zacarias.

³ *Lib. II in Math.*, c. XXVII, 60: «Ut rotunda fuerit domus infra rupem vastissimam præcisa».—Sin embargo, importa notar que Pascasio Ratherto habla de lo exterior del monumento, ó sea de su revestido y no de su mismo macizo. Landolfo Cartujano dice también que tenía forma de una rotunda.—*domuncula rotunda*; pero supone que esa era su forma primitiva, la que Joseph le había dado al aislarlo de la roca.—Véase *op. cit.*, c. LXVI, 6,—y c. LXXI, 5.

mejor con la forma circular del pórtico construido alrededor del área constantiniana.

La parte anterior experimentó probablemente igual arreglo; por lo menos es cierto que Santa Elena hizo en ella modificaciones bastantes considerables para que San Cirilo necesitara, algunos años después, recordar á los fieles la fisonomía primitiva del monumento. En uno de sus discursos que pronunció en el sitio mismo que separaba del Calvario el Sepulcro¹, habla de un *vestibulo*, cortado en la roca viva, y destruido por la emperatriz cuando la construcción de la basilica.

¿Qué importancia tenía este vestibulo? ¿Tenía una profundidad equivalente á la de una cámara funeraria, ó solamente la que supone un frontón sostenido en columnas, como parece indicarlo la misma expresión *erassa sit*, que el patriarca emplea? Es imposible saberlo: tan obscura es para nosotros esta explicación, que seguramente para los contemporáneos sería muy clara. El conjunto del pasaje favorecería á la segunda hipótesis; pues se trata siempre de una piedra, *petra illa* utilizable en la construcción de un muro². El Evangelio no dice absolutamente nada que nos haga creer en una antecámara de alguna importancia, á menos que se suponga un pórtico abierto por todos lados, que no se opone á lo que dice San Cirilo; pues la palabra caverna, *spelunca*, tiene en

¹ *Catóc. XIV.*

² S. CYRILLO de Jerusalem: *Catóc. XIV. de Christi resurrectione*, n.º 1x: *In spelunca petra* (Cant. II, 44).—*Speluncam petrae dicit eam qua tunc fuit ante Salvatoris monumenti ostium speluncam, ex eadem petra sicut hic in foribus monumentorum fieri solet excisam. Nunc vero non apparet eo quod presentium ornamentorum instituentorum gratia olim erassa sit anterior spelunca.... Ubi nam autem petra illa est que speluncam habet? An in medio urbis situ, aut circa muros et extrema? Urumne vero in veteribus muris est, an in extractis postea antemuralibus? Dicit igitur in Canticis: In spelunca petra iuxta antemurale.*

su boca valor únicamente místico, como es fácil comprobar. Al recordar el *uso de su país y de su tiempo*, evoca más bien la idea de la pequeña antecámara delantera, de que arriba hemos hablado.

Según San Juan ¹, es preciso afirmar la existencia de un vestíbulo de mediana profundidad; pues dice que la Magdalena, en el momento que vió á Jesús resucitado, estaba junto al monumento, fuera, —*foris*,— y podía, sin embargo, inclinándose (á causa de la escasa elevación de la puerta), ver lo interior del sepulcro. Es del todo evidente que no habría podido ver el banco funerario, y á los ángeles sentados á las dos extremidades, si el vestíbulo hubiera sido otra cosa que una especie de decoración sin considerable espesor. Esto nos lleva á la idea de las puertas adornadas de molduras, que se ven todavía en Medain-Salih.

Como quiera que sea, la supresión de la parte anterior del monumento no nos obliga á admitir que la madre de Constantino lo rompiera por completo de la roca primitiva; muy al contrario, pues nos haría creer más bien en un arreglo de detalles, motivado por el deseo de imprimir al conjunto el carácter de una rotunda, centro del vasto círculo, á cielo descubierto, donde habrían de reunirse los fieles ². En esta hipótesis, el sepulcro era primitivamente cuadrado, las esquinas achaflanadas no descantillaban más que el macizo, así como en la cara anterior desequinaban, y por lo tanto, desfiguraban el peristilo. Santa Elena no hizo más que arrasar sencillamente todo lo de este lado, sin perjuicio de reconstruir un vestíbulo de estilo griego, con columnas que continuaban el círculo de

¹ JOANN., XX, 11-14.

² Suposición del todo gratuita, pues no tenemos pruebas de que Santa Elena diera al templete primitivo la forma de una rotunda.

pórfido y mármol con que rodeó el templete, como sabemos por Eusebio y Antonino ¹. Así se explica todo naturalmente, y el respeto debido á la sepultura del Redentor se armoniza, como corresponde, con el deseo de dar nuevo esplendor á los lugares que nos la recuerdan ².

La piedad de la emperatriz tuvo muchas veces anteojos lamentables, pero no llegaron nunca á cambiar por completo la fisonomía de los Santos Lugares. Verdad es que el Calvario fué allanado y cortadas sus peñas de modo que resultaran perpendiculares sus costados, pero el allanarlo se hizo mediante un pavimento de mosaico, y el escarparlo fué principalmente por el lado opuesto á la rampa de acceso, pisada por los pies del Divino Maestro, en la cual diversos oratorios marcaban, cual mojones, el camino de los fieles. Por otra parte, estos arreglos se hacían bajo la inspección del patriarca Macario, y se sometían á un examen, que debemos suponer severo é inteligente, cual lo deseaba el mismo Constantino ³. La mutilación del pórtico del sepulcro debió de ser discutida, y resuelta por el motivo de que ningún recuerdo directo del Señor se relacionaba con aquel lugar. Allí se había sentado el ángel sobre la revuelta piedra del sepulcro, cuando se aproximaron las santas mujeres la mañana de la Resurrección ⁴, con lo cual consagró la piedra, más bien que el lugar de donde poco antes había sido quitada.

En Belén se había construido la Basílica, con plan enteramente opuesto de conservar el carácter primitivo del

¹ *Vita Constantini*, loc. cit.—ANTON. PLACENT.: *de Locis sanctis*.

² Según Castela (*le Sainet Voyage*, etc., p. 256), el sepulcro es cuadrado, pero rodeado de un revestimiento de cinco paños por el lado del abside.

³ Véase la carta de Constantino á San Macario (EUSEBIO: *Vita Constantini*).

⁴ MATTH., XXVIII, 2.

sitio. La «gruta oscura»¹ de la Natividad le venía muy natural en su plan al Arquitecto imperial para cripta de la iglesia que iba á construir; con terraplenar quedaba al nivel de la bóveda el pavimento de la nave grande, desde el cual se descendía al Pesebre por doble gradería de diez y seis escalones². Ni por un momento pensó Santa Elena en aislar alrededor la gruta del Nacimiento para convertirla en centro de su basilica; la naturaleza de los lugares decidía su arreglo. Si la cueva del Santo Sepulcro hubiera presentado igual aspecto, ¿cómo no habria pensado la emperatriz en hacerla también una cripta, á la cual además le habrían dado tono la sombra y el silencio? Inférese, pues, que encontró el pesebre bajo tierra y el Sepulcro en la superficie del suelo; el primero, incrustado en la colina; el segundo, aislado de la roca; el uno y el otro dispuestos de antemano para la forma que habían de conservar á través de los siglos.

El lector juzgará: nosotros tenemos nuestra convicción formada, y es que el sepulcro de Joseph, que vino á ser el del Redentor, era un monolito en el cual se había vaciado una cámara funeraria precedida de un vestibulo y destinada á recibir los despojos mortales de una sola persona: según todas las señas, el vestibulo tenía poco espesor y debía de estar decorado al estilo mixto de los monumentos del Cedrón, es decir, con un entablamiento asirio colocado sobre columnas dóricas ó corintias.

La puerta del sepulcro, propiamente dicha era muy baja, y era menester para entrar ó salir, inclinar la cabeza y los hombros, como se puede todavía probar³. El umbral

¹ EUSEBIO: *op. cit.*, lib. III, c. XLII.

² LIÉVIN: *Guide*, t. II, p. 36-37.

³ Esta puerta tiene tres pies, dos pulgadas y media de alto por un pie y diez pulgadas de ancho. En muchos casos la puerta de la cueva funeraria era de forma redonda ó semicircular. (V. M. de SAINT-AIGNAN: *la Vraie*

estaba precedido de una ranura por la que corría, según costumbre, una losa destinada á cerrar la abertura una vez depositado el cuerpo⁴. Una cuña de piedra la sujetaba sólidamente merced á una entalladura más profunda hecha en el punto de la ranura en que debía fijarse. El Evangelio nos recuerda estos usos en términos explícitos⁵, que resultan aún más claros haciendo una visita al *sepulcro de los reyes*, que el Hermano Liévin supone con razón contemporáneo de Jesucristo⁶.

La misma cámara funeraria es un paralelogramo de nueve pies y medio de longitud por seis de anchura: la altura de la bóveda tiene unos siete pies⁷. Á la derecha entrando se encuentra el banco abierto en la pared, que sobresale del suelo dos pies y medio, y tiene profundidades diferentes hacia la cabeza, donde llega á tres pies y medio, y en la extremidad inferior, donde sólo mide tres pies. La superficie de este banco no es completamente llana: corre á lo largo una ligera cavidad, sin duda para asegurar la posición del cuerpo ó imposibilitar que resbale. En tiempos del P. Bonifacio de Ragusa, que en 1555 restauró el revestimiento, se creía distinguir todavía en la piedra señales de la sangre y los perfumes⁸. Al presente

Forme du saint Sépulture, p. 14.) Pero esta forma no era tradicional. La puerta del santo Sepulcro no parece haber sido modificada, y se asemeja mucho á las demás. La piedra que la cerraba era redonda según todas las señas, mas esto no obliga á pensar que se adaptara á una abertura orbicular.

⁴ Este bloque se llamaba en hebreo *Galat*. Los fragmentos del que cerraba el santo Sepulcro los conservan los armenios del monte Sion.—Véase el apéndice.

⁵ MATT., XXVII, 60; XXVIII, 2.—MARC., XV, 46; XVI, 4.—LUC., XXIV 2.—JOANN., XX, 5 y 11.

⁶ *Guide*, t. I, p. 358.—La piedra ruda aún por la ranura abierta para recibirla.

⁷ La misma altura era en tiempo de Pascasio Ratherto, *loc. cit.*: «Tante altitudinis ut infra stans homo vix manu extrema culmen ejus posset attingere».

⁸ QUARESMIUS, t. II, p. 12.—LIÉVIN: *Guide*, t. I, p. 181.

la delantera está revestida de mármol blanco : á la altura conveniente otra losa de mármol sirve de altar para celebrar los santos misterios. Santa Elena habia cubierto desde el principio la sagrada piedra con planchas de alabastro para sustraerla á los piadosos destrozos que en ella hacian los peregrinos : precaución que debemos reconocer necesaria pero sensible. ¡Cuánto más dulce no sería para la piedad cristiana ver y tocar y besar este rígido lecho, donde el Crucificado durmió el sueño de la muerte ! Por qué el amor no ha de ser siempre discreto, y ha de obligar á que se le impongan trabas cuando debiera manifestarse con toda la libertad de sus impresiones !

Cuando se penetra en este venerable santuario, parece que se oye la voz del ángel diciendo á las santas mujeres : « Venid y ved el lugar en que fué puesto el Señor ². En seguida se reproduce con el pensamiento el paso de enterrarle : Joseph, Nicodemo, Juan Evangelista, llevan en brazos los restos mortales del Maestro y los colocan con mil precauciones en el lecho fúnebre, mientras María, Magdalena, Marta, Juana, Salomé, de rodillas á la entrada del vestibulo, siguen con los ojos llenos de lágrimas los movimientos de los piadosos sepultureros. La luz pálida del crepúsculo alumbrá apenas esta sepultura acelerada : hay que hacerlo pronto, pues va començar el Gran Sábado, y la tumba no está aún cerrada. Sálense de allí de espaldas, mirando con amor inexplicable al amigo á quien tienen que abandonar hasta tres dias después. ¡Todo está concluido! La pesada piedra se desliza con

¹ No necesitamos referir los arreglos que se han hecho en el revestimiento del santo Sepulcro á través de los siglos. La cubierta actual debida á los griegos, que se la pusieron en 1811, es de muy mal gusto. ¡Cuándo la Europa cristiana se acordará de los derechos y deberes que tiene en la Palestina?

² MATTH., XXVIII, 3 : « Venite et videte locum ubi positus erat Dominus ».

ruido; se fija la cuña con cuidado para estorbar cualquier tentativa hostil, y luego la noche protege con sus sombras la retirada de los fieles más constantes de Jesús, y la obstinación de la Magdalena, que quiere asegurarse una vez más de que no se ha omitido ninguno de los cuidados que la veneración y el amor reclaman ¹. Dentro de algunos instantes la luna alumbrará con su pálido lucir la soledad en que se termina la obra de redimir á los hombres.

Mas los ángeles velaban invisiblemente alrededor del sepulcro, abismados en la contemplación del misterio de esta muerte, impacientes por saludar la hora en que han de tirar afuera la piedra que cerraba el sepulcro. También velaba el odio, inquieto de su triunfo, deseoso de sellar para siempre la puerta que temía ver abrirse de repente. Dos días después, en el mismo de la gran solemnidad pascual, los Principes de los sacerdotes y los Fariseos se reunieron á las puertas de la Antonia pidiendo audiencia al Procurador.

« Señor, le dijeron, nos hemos acordado de que ese seductor dijo cuando vivía : « Resucitaré al tercero dia. » Dad, pues, orden de que se guarde el sepulcro durante estos tres dias, no sea que los discípulos vengan á llevárselo, y luego digan al pueblo : « Ha resucitado de entre los muertos », y sea este último error peor que el primero. » Pilatos los conocía á ellos y sus maquinaciones, y dió esta respuesta seca y desdeñosa : « Guardias tenéis á vuestro servicio; id vosotros mismos al sepulcro, y hacedle guardar convenientemente, según sabéis hacerlo ². »

¹ MARG., XV, 47 : « Maria autem Magdalena et Maria Joseph adspiciebant ubi poneretur ».

² MATTH., XXVII, 62-65 : « Altero autem die, quæ est post Parasceven, convenerunt principes sacerdotum et Pharisei ad Pilatum dicentes : Domine, recordati sumus quia seductor ille dixit adhuc vivens : Post tres dies resurgam. Jube ergo custodiri sepulcrum usque in diem tertium... At illis Pilatus : Habetis custodiam : ite, custodite sicut scitis ».

No le gustaba al Gobernador comprometer á sus legionarios en tal servicio, para el cual bastaban los soldados del Templo ó los esbirros del Sanhedrin; pero les recordaba discretamente que queria ver observadas las disposiciones reglamentarias tocantes á la materia. Ese *sicut scitis* es á la vez despreciativo y amenazador, haciéndoles responsables de lo que pueda ocurrir. Por segunda vez se lava Pilatos las manos, repitiendo: «Es cosa vuestra.»

Se marcharon, pues, poco satisfechos, pero tanto más decididos á dejar frustradas las predicciones del Profeta. Establecieron alrededor del sepulcro una verdadera fuerza, según frase del Evangelio; las juntas de la puerta fueron selladas con el sello oficial; y centinelas colocados en las cercanías, en el barranco y en la colina, tenían la consigna de impedir el acceso á quienquiera que pretendiera acercarse¹. Tomadas estas precauciones, sonrieron con la sonrisa del triunfo. «Galileo, ahora ya puedes dormir en paz. Nada vendrá á turbar tu sueño hasta el tercer día, después del cual quedarás muerto como todos los muertos, aun en el espíritu de los más ilusos. No has podido bajarte de la cruz; tampoco sabrás salirte del sepulcro, cuyo eco no repetirá siquiera tu grito de la cruz: «Dios mío, ¿por qué me habéis abandonado?»

Si ellos hubieran visto con claridad en las Santas Escrituras, se habrían acordado de la palabra del Salmista hablando en nombre y como figura de Cristo: «Mi carne reposará en la esperanza, porque Vos, ¡oh Dios mío!, no abandonaréis mi vida bajo el yugo de la muerte; no permitiréis que vuestro Santo experimente el horror de la corrupción².»

¹ MATTH., XXVII, 63: «Illi autem abeunt, munierunt sepulcrum, signantes lapidem, cum custodibus».

² PSALM., XV, 10: «Caro mea requiescet in spe; quoniam non derelinques animam meam in inferno, nec dabis sanctum tuum videre corruptionem».

CAPITULO III

LA RESURRECCIÓN.

Post tres dies resurgam.

MATTH., XXVII, 63.

Non est hic: surroxit enim sicut dicit.

MATTH., XXVIII, 6.

Quid queritis viventem cum mortuis?

LUC., XXIV, 5.

Mientras duraba el sábado, las santas mujeres estaban retiradas en sus casas¹, compartiendo las largas horas de aquel día entre las prácticas piadosas y los recuerdos dolorosos de lo que había pasado. Tenían prisa de recobrar su libertad para ocuparse en lo que habían de hacer en obsequio del Maestro sepultado. Tan pronto como las estrellas anunciaron el fin del día, se apresuraron á comprar los aromas y perfumes con que deseaban embalsamar el cuerpo², porque no estaban satisfechas del apresurado embalsamamiento que dirigieron Nicodemo y Joseph. Para ellas, Jesús había muerto con la muerte común á todos los hijos de los hombres, y el pensamiento de la Resurrección, tantas veces predicha, no les venía siquiera á la memoria. Su cuidado único era dar el último tes-

¹ LUC., XXIII, 56: «Et revertentes paraverunt aromata et unguenta: et sablato quidem siliuerunt secundum mandatum.»

² MARC., XVI, 1: «Et quum transisset sabbatum, Maria Magdalene et Maria Jacobi et Salome emerunt aromata ut venientes ungerent Jesum.»